

una figura que revelase honradez y probidad. Las de sus defensores no revelaban más que intrigas, fatuidad é insolencia, cuando no corrupción.

Sólo la figura de un hombre parecía decir: «Yo soy honrado.» Su traje y su gesto así lo decían. Sus principios no revelaban más que moral é interés por el pueblo: los principios, siempre los principios. El hombre no era de aspecto muy atractivo; su persona era austera y triste. Su aspecto, más que popular era académico, con cierta expresión aristocrática por la corrección extremada de sus ademanes y su traje. Ninguna amistad, ninguna familiaridad: conservábase á cierta distancia hasta de sus antiguos camaradas de colegio.

A pesar de todas estas circunstancias, que eran las menos adecuadas para hacer popular á un hombre, el pueblo sentía tal hambre y sed de derecho, que el orador de los principios, el hombre del derecho absoluto, el hombre que profesaba la virtud y en el cual la figura seria y triste parecía ser su imagen, el melancólico Robespierre, acabó siendo el favorito del pueblo. Cuanto peor tratado era en la Asamblea, más gustaba al público de las tribunas. Robespierre, en sus discursos, se dirigía muchas veces á las tribunas, á esta segunda Asamblea, que desde lo alto pesaba sobre las deliberaciones, y creyéndose en realidad superior como pueblo y como soberano, reclamaba el derecho á intervenir, silbando muchas veces á sus delegados.

Con mayor razón aún, debía Robespierre adquirir un gran ascendiente en los Jacobinos. No faltaba á ninguna sesión: era maravillosamente asiduo y laborioso, siempre en la brecha, hablando sobre todas las cuestiones. En el trato con las Asambleas como en el trato con las mujeres, la asiduidad es siempre el principal mérito. Muchos se cansaron, se fastidiaron, desertando del Club; Robespierre fastidiaba á los demás, pero él no se fastidiaba nunca. Los antiguos partieron y Robespierre se quedó. Llegaron otros en gran número y encontraron al inmutable Robespierre. Los nuevos jacobinos no eran diputados; pero ardorosos é impacientes por llegar á los negocios públicos, formaron precipitadamente la Asamblea del porvenir.

Robespierre carecía de la audacia política, del sentimiento de la propia fuerza, que es lo que da autoridad. No tenía siquiera la ventaja de pensar por cuenta propia, pues seguía de demasiado cerca á sus maestros Rousseau y Mably. Le faltaba, en fin, el conocimiento variado de los hombres y las cosas: conocía poco la historia y poco el mundo europeo.

Pero en cambio, él tenía sobre todos la fuerza de una voluntad perseverante y un trabajo concienzudo en el que nunca se fatigaba.

Este hombre, á quien todos creían lejos de la realidad, viviendo en la alta esfera de los principios puros y sumido en abstracciones, se dió cuenta de la situación mejor que nadie. El supo perfectamente lo que no supieron ni Sieyes ni Mirabeau: *dónde estaba la fuerza* y lo que había que hacer para buscarla.

Los fuertes quieren emplear la fuerza por ellos mismos. Los políticos van á buscarla donde saben que se halla. Había entonces dos fuerzas en Francia, dos grandes asociaciones: la una eminentemente revolucionaria, los Jacobinos, la otra el clero inferior: una masa de ochenta mil curas á quienes libertaba la Revolución y que era posible asimilar á ella.

Esta era la opinión general. No hay que examinar si moralmente y con toda sinceridad la idea del cristianismo podía ser conciliada con la de la Revolución.

Robespierre juzgó la cosa como político, no buscando una forma de asociación nueva en estudios profundos sobre el cristianismo y la Revolución. Tomó las cosas tal como existían y se dijo que el que tuviera á su lado á los jacobinos y al clero inferior, íntimamente unidos, lo tendría todo. Y el procedimiento simple y fuerte para unir al clérigo á la Revolución, fué decir que se permitiera al cura contraer matrimonio.

Robespierre hizo la proposición el 30 de Mayo de 1790, provocando una verdadera tempestad. Su voz fué ahogada por dos veces: la Asamblea mostraba unánimemente el deseo de no oírle. La izquierda, movida por los celos, no quería dejar á Robespierre esta gran iniciativa. Circunstancia notable que sólo puede atribuirse á la influencia celosa de los altos directores del jacobinismo: los diarios estuvieron de acuerdo para no imprimir el discurso, como lo estuvo la Asamblea para no escucharlo.

Mas no por esto fué menor la impresión que las palabras de Robespierre produjeron en el bajo clero. Millares de curas le escribieron manifestándole su vivo reconocimiento; en un mes recibió tal cantidad de cartas, que su franqueo ascendía á más de mil francos, y versos escritos en su honor, poemas enteros de 500, 700 y 1.500 versos en latín, en griego y en hebreo.

Robespierre continuó hablando en favor del clero. El 16 de Junio del 90 pidió á la Asamblea que atendiese á la subsistencia de los eclesiásticos de 70 años que carecían de beneficios y pensiones. El 16 de Septiembre hizo una reclamación en favor de algunas órdenes religiosas que la Asamblea había comprendido erróneamente entre las mendicantes. Más tarde aún, el 19 de Marzo de 1791, en plena guerra eclesiástica, cuando el clero inferior, obligado por los obispos, se distanciaba de la Revolución y la hacía la guerra, Robespierre reclamó contra las medidas de severidad que se querían adoptar. Dijo que era absurdo hacer una ley especial contra los discursos sediciosos de los curas, pues bastaban para perseguirles las leyes dictadas para todos los ciudadanos.

Tanto avanzó en este terreno y se comprometió en favor de los curas, que un individuo de la izquierda le gritó: «Pasad al lado derecho.» Robespierre sintió el golpe, reflexionó y en adelante fué más prudente.

En el estado en que se hallaban las cosas Robespierre se hubiera anulado al persistir en su protección á los curas.

Los jacobinos, por su espíritu de cuerpo, que iba siempre en aumen-

to, por su fe ardiente y austera, por su áspera curiosidad inquisitorial, tenían realmente algo de sacerdotes.

Poco á poco fueron formando una especie de clero revolucionario, y Robespierre llegó á ser el jefe de este clero.

En este papel mostró una gran prudencia, tomó pocas iniciativas por propia cuenta y se limitó á ser el órgano de los jacobinos, repitiendo sus opiniones sin modificarlas.

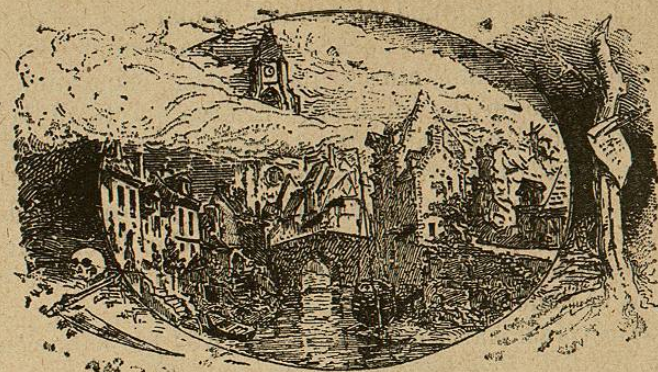
Esto se notó especialmente al tratarse la cuestión de la forma de gobierno. La unanimidad de los documentos enviados por las provincias á los Estados generales, hizo creer á los jacobinos que la Francia entera era realista. Entonces Robespierre quiso un rey; no un rey *representante* del pueblo como lo quería Mirabeau, sino *delegado del pueblo y comisionado* por él, y por consecuencia responsable.

El admitía, como casi todo el mundo entonces, esta absurda hipótesis de un rey que se conformara con estar en el trono agarrotado y amordazado, el cual no podría morder; pero que atado de tal modo, había de resultar inútil y hasta perjudicial.

Los jacobinos eran entonces como los creía Barnabe y como lo fueron casi siempre, hasta en los momentos más violentos de la Revolución; una sociedad de equilibrio.

Robespierre decía hablando del *Cordelero* Camilo Desmoulins y con mayor razón de otros cordeleros más impetuosos aún: «Van demasiado aprisa, y si caen se romperán el cuello. París no se ha hecho en un día y hace falta más de un día para deshacerlo.»

La audacia, la gran iniciativa revolucionaria, estuvo en los cordeleros.



CAPITULO VI

Los Cordeleros

Historia revolucionaria del convento de los Cordeleros.—Individualidades del club de los Cordeleros.—Su fe en el pueblo.—Su impotencia de organización.—La irritabilidad de Marat.—Los Cordeleros son jóvenes aún en 1790.—Embriaguez de este momento.—Aspecto interior del Club de los Cordeleros.—Anacharsis Clootz.—Doble espíritu de los Cordeleros.—Uno de los retratos de Danton.

Casi enfrente de la escuela de Medicina existe en el fondo de un patio una capilla de estilo pesado y austero.

Es el antro sibilino de la Revolución: el Club de los Cordeleros.

Allí tuvo la Revolución su delirio, su trípode, su oráculo. De techo bajo y apoyada en dos contrafuertes macizos, esta construcción parece eterna; sin temblar ha escuchado mucho tiempo la tonante voz de Danton.

Actualmente es un triste museo de cirujía y contempla toda clase de sabios horrores. Su parte posterior está compuesta de salas oscuras, donde sobre mesas de mármol negro son disecados los cadáveres.

El hospital vecino y la capilla eran antiguamente el refectorio de los Cordeleros, y su escuela famosa, la capital del misticismo, donde venía á estudiar Santo Tomás. Entre los dos edificios se elevaba antes la iglesia inmensa y sombría nave poblada de mármoles funerarios. Todo esto se halla destruído en la actualidad. La iglesia subterránea que se extendía por debajo sirvió para la imprenta clandestina de Marat.

¡Extraña fatalidad de los lugares! Este convento donde se aposentó la Revolución fué desde el siglo XIII el lugar de los revolucionarios. Cordeleros frailes y Cordeleros revolucionarios, mendicantes y *sans culottes*: no hay entre ellos tanta diferencia como parece. La disputa religiosa y la disputa política, la escuela de la Edad Media y el club del 90 son más opuestos por la forma que por el espíritu.

¿Quién construyó esta capilla? La misma Revolución en el año 1240.